

2

FILOSOFIA

**I — ALGUNAS ANOTACIONES SOBRE LA
CRISIS DE LA FILOSOFIA**

Por Pompeyo Ramis M.

**II — LA CIENCIA CLASICA
COMO ESTRUCTURA HEURISTICA**

Por Jaime Barrera Parra

III — LA BUSQUEDA DE LA CERTEZA

Por Fabio Vélez U.

ALGUNAS ANOTACIONES SOBRE LA CRISIS DE LA FILOSOFIA

POMPEYO RAMIS M.

*Erige te, Lucili virorum optime, et relinque istud ludum
litterarium philosophorum, qui rem magnificentissimam
ad syllabas vocant, qui animum minuta docendo demittunt
et conterunt.*

Levántate, oh Lucilo, el mejor de los hombres, y deja ese juego literario de los filósofos, que reducen asuntos de suprema importancia a una cuestión de sílabas; que deprimen y fatigan los ánimos enseñando pequeñeces.

(SENECA, Ep. LXXI, 6).

Quizás una de las diferencias que existen entre los filósofos antiguos y los de hoy está en que aquéllos se preocupaban con cierta frecuencia de la filosofía en sí, mientras que los modernos y contemporáneos apenas unas pocas veces se han planteado el problema de la tarea filosófica en cuanto tal. No quiero negar que los tratados filosóficos abundan, ni que van surgiendo nuevas corrientes. Pero a pesar de ello, no podemos hablar del progreso de la filosofía en medida semejante a como lo hacemos con respecto a las otras ciencias. Es más que evidente que el quehacer filosófico no se concibe como una profesión determinada y que prácticamente se descarta de todo panorama científico.

No podemos negar que desde tiempo inmemorial la filosofía sufre crisis. Me refiero aquí de modo especial a la filosofía que cultivamos en las facultades universitarias. Es cierto que allí nos ocupamos precisamente de los hombres que han creado un pensamiento que es considerado como la mejor visión que se haya podido dar de un mundo determinado. Y es cierto que por parte de estos hombres no es lícito hablar de crisis filosófica.

Pero también lo es que entre la desaparición de las grandes figuras y el nacimiento de otras iguales o semejantes suele mediar largo tiempo, a veces siglos, de somnolencia y opacidad filosóficas, en que el pensamiento de las universidades se va alimentando de

la superproducción de los gigantes; pero no bajo un proceso de asimilación creadora, sino de acuerdo a una oculta ley de aprovechamiento meramente residual. Las cuestiones nucleares planteadas por los Maestros van cediendo terreno en favor de pequeñas "recuestas", cada vez más alejadas de los temas fundamentales de la vida. Es así como la filosofía se ha visto tantas veces plagada de producciones parasitarias, hasta el punto de haber hecho desaparecer la verdadera naturaleza y objetivos de esta maltratada ciencia.

Si esta crisis, como dije, es prácticamente crónica, es natural que en cada época se vaya haciendo más grave y manifiesta. Porque si las cosas humanas, cuanto más profundamente humanas, mayormente se hallan sometidas a los procesos críticos, será lógico que el pensamiento, que es la realidad más definitivamente humana, sea la que muestre con mayor evidencia los efectos críticos que se le acumulan a través del tiempo y de las diversas variaciones.

Por esto es justamente en nuestros días cuando encontramos un panorama filosófico especialmente árido y desfertilizado. Y hay que añadir que la crisis filosófica de hoy se nos muestra todavía más aguda por el hecho de hallarse espontáneamente parangonada con el esplendor de las otras ciencias, que no dejan de producir nuevos y mejores frutos y cada día promesas más brillantes.

Pero si la filosofía universitaria se va quedando atrás, es fuerza que los que estamos implicados en ese retroceso nos propongamos analizarlo y tratar de averiguar sus causas. Para ello, nada mejor que interrogarnos a nosotros mismos, los que vanamente nos llamamos filósofos. Y digo **vanamente**, porque si carecemos de una filosofía adecuada a nuestros tiempos y necesidades, en vano nos llamaremos cultivadores de esta ciencia, que es la más auténtica y la más antigua del mundo.

¿Qué hacen, pues, los filósofos en las facultades de filosofía? ¿Por qué en esas facultades vemos progresivamente mermar el volumen de la matrícula? ¿Por qué los directivos universitarios tratan de ir opacando dichas facultades e incluso llegan a suprimirlas? Y lo que es más grave: ¿Por qué al hacer esto quedan convencidos de haber dado un gran paso en favor de una mejor reestructuración de la universidad? Invito a todos los que se dicen filósofos a que hagamos una seria y detenida reflexión sobre la crisis de la filosofía, que es la que nos plantea los mencionados interrogantes.

1. —Los hechos

Los humanistas sentimentales de hoy siguen entonando lamentaciones al pie de los derruidos muros que ya sólo quedan de la filosofía y de las letras. Y señalando a los culpables de semejante descalabro, no cesan de lanzar diatribas contra el espíritu tecnocrático de nuestra época. Por ejemplo, los humanistas acusan a la

técnica de tener como única preocupación la de proporcionar utilidades prácticas. Los humanistas consideran que la técnica es la principal culpable de las alienaciones que padece la humanidad. El hombre —dicen— cada día es más ajeno a su propia humanidad; cada día se define menos por lo que es, y más por lo que tiene o está en condiciones próximas de tener, ya sea en el campo de las utilidades técnicas, ya sea en el área del poderío económico-político. El hombre de hoy ya no está interesado en la contemplación de la verdad; cada día siente menos la necesidad de pensar por cuenta propia, a medida que crecen sus deseos de hallar soluciones fáciles en los datos que elaboran las máquinas o en las pautas que señalan los países o las entidades que tienen el turno de preferencia en la vida internacional.

Por todo esto, la crisis de la filosofía y de las letras es cada día más palpable en todo el mundo. En los programas de estudios, van desapareciendo poco a poco —cuando no es de mucho en mucho— las materias humanísticas. Los diversos planes de estudio se van apartando de todo conocimiento que no se ajuste estrictamente a las carreras técnicas, que son las predilectas de los estudiantes. Las pocas materias humanísticas que aún quedan en los programas son recibidas, en los mejores casos, con mera paciencia por parte del alumnado. En general, se las considera como inútiles. En algunas partes llaman a esas materias "costuras". Si bien atendemos al significado de esta palabra, muy poca cosa que sea más despreciativa queda por decir de las pobres humanidades.

Ahora bien: no hay ninguna duda de que esta acusación es gravísima, porque los que la hacen se la dirigen casi directamente a una buena parte —y la más conspicua— de los hombres que han impulsado la Historia. No me pongo a mencionar nombres, para que, al tener que elegir sólo algunos, no se me acuse de omisiones sectarias. Pero cada uno puede hacer memoria de acuerdo con sus convicciones, y notará que calificar de inútil la obra de aquellos hombres es algo, por lo menos, insensato.

La labor filosófica de las universidades se basa de modo principal en contenidos que fueron elaborados por los hombres a que me refiero. Pero la imagen que estamos dando, en nuestro trabajo académico, de la filosofía que hicieron aquellas mentes privilegiadas no puede ser más deplorable. Si no queremos engañarnos; acabaremos reconociendo que la filosofía que hemos aprendido y la que estamos enseñando, aunque se diga basada en los grandes Maestros, no va más allá de ser un simple pasatiempo. Si nos resistimos a convencernos de ello porque somos parte interesada en el asunto, preguntemos a los universitarios y profesionales de otras carreras que alguna vez escucharon lecciones de filosofía. Lo natural es que se tenga cierto respeto por las ciencias que cultivan los demás, y de cuyos beneficios con alguna frecuencia se participa. Pero resulta que, cuando hablan de la filosofía los que no son filósofos, lo que menos piensan es en catalogarla entre las ciencias. Todo lo que

parece que aprendieron de la filosofía es que forma parte de lo que vagamente se llaman letras o humanidades. Pero esto no es lo peor. Los científicos consideran que la filosofía puede llegar a ser, cuando más, un buen pasatiempo para personas habitualmente llamadas a realizar menesteres más importantes. En fin, que la filosofía, tal como generalmente hoy se entiende, está situada entre las curiosidades más bien superfluas. Estas opiniones son las que yo he escuchado repetidas veces. Y cualquiera que lo desee podrá comprobarlo de la misma manera.

Si penetramos en el ambiente universitario, no tardaremos en observar que las universidades que todavía cuentan con una facultad de filosofía, más bien parecen tolerarla que sostenerla. Bajo la llamada de la utilidad material o espiritual que nuestros tiempos exigen, la filosofía que allí se cultiva no puede competir con ninguna de las ciencias en que laboran otras facultades. Con ellas no resiste nuestra filosofía ninguna comparación.

Efectivamente, mientras las demás ciencias avanzan diariamente a la conquista de nuevos resultados y conclusiones que se hacen notar por su claridad y distinción, nuestra impotente filosofía se queda en el terreno de las vaguedades y sutilezas. ¿De qué se puede ufamar nuestra filosofía universitaria frente a una Medicina que realiza trasplantes, frente a una Ingeniería que domina las partículas cósmicas, frente a una Arquitectura que construye más allá de toda imaginación? Frente a todo esto, la filosofía de nuestras universidades no presenta más que "palabras, palabras, palabras". Quien de ella quiera opinar algo mejor, que siga viviendo tranquilo en su cándido limbo.

Los cuadros directivos de varias universidades hace ya tiempo que se pusieron a considerar este problema. Y éstos, que suelen constar generalmente de personas prácticas, se están lamentando con mucha razón de que las facultades técnicas se les quedan cada día más pequeñas, mientras que las de filosofía se permiten ocupar las aulas con apenas media docena de alumnos. (Se puede replicar que en lecciones de filosofía, cuanto más reducidos los grupos, mejor. Pero esto es otra cuestión).

Vista esta situación, deberíamos ser comprensivos cuando vemos que la Administración de las universidades trata de tecnificarlas integralmente. Las autoridades administrativas dicen que lo que necesitan los países son cerebros técnicos. Aun respetando otros puntos de vista, hay que reconocer que tienen mucha razón. Al menos la tienen si piensan que los países no necesitan para nada de la clase de filósofos que estamos produciendo en las facultades.

Es frecuente que ante las orientaciones de los directivos universitarios, surjan algunos profesores y alumnos de filosofía, dotados, por lo general, de un espíritu revolucionario de buena fe, que

tratan de buscar las causas de los atropellos que sufre su facultad; y las hallan en que los mandos universitarios están prestando, consciente o inconscientemente, un servicio al imperialismo evitando que el país tenga sus propios pensadores. Al orden establecido, dicen, no le interesa que los ciudadanos piensen. Por descontado que afirmaciones como ésta sólo son comprensibles en un ambiente mitínescos o en cualquier otra situación que mantenga los ánimos exaltados. Pero si analizamos las cosas en frío, lo que ahí se está dando es una despiadada ironía. Estoy de acuerdo en que todo poder constituido tiene sus buenas razones para temer a los pensadores. Filósofos hubo que hicieron temblar a todo un sistema político. Otros, que aun después de muertos, siguieron manteniéndolo en estado de alerta los órdenes establecidos. Todo esto es perfectamente claro. Pero yo pido el favor de que se me explique en qué consiste la amenaza que suponen para el sistema esos "pensadores" que salen de nuestras facultades. Pueden, por cierto, quedar tranquilos los gobiernos, que criaturas más inofensivas que nuestros "filósofos" no las hay.

Ellos son seres generalmente destinados a la frustración. Está plenamente comprobado que la mayoría de ellos —mejor decir casi la totalidad— poseen una vocación de pensadores que no resiste ninguna prueba. Debido a la precariedad de las facultades de filosofía, no se halló todavía la manera de infundir a los alumnos la intrepidez y el riesgo del pensamiento. Lo cierto es que nuestros licenciados salen a la calle ufanosos de su diploma, pero salen sin rumbo fijo. No saben a ciencia cierta si son platónicos o aristotélicos, si tomistas o kantianos, si marxistas o leninistas.

Llega el momento en que tienen que vivir. Obviamente, no pueden seguir otro camino que el de la enseñanza. Pero ¿qué clase de enseñanza? Tremendo problema éste, que sólo conocen quienes tuvieron que resolverlo. Imposible pensar en la enseñanza a nivel universitario. Ese campo es muy competido. Las facultades de filosofía y las cátedras que todavía quedan de esta materia son pocas y los aspirantes muchos, por lo que las plazas se mantienen siempre copadas. Por consiguiente, el único refugio será el de acudir a centros de enseñanza media.

Pero las condiciones que allí se presentan no son nada confortantes. Al neo-licenciado que allí llega, si se trata de aceptarlo, no se le pregunta cuál es su especialidad. Simplemente se le da cuenta de las cátedras disponibles dentro del área de las humanidades. Todo el mundo supone que un licenciado en Filosofía y Letras está en condiciones de enseñar cualquier asignatura humanística. En consecuencia, el solicitante tiene que aceptar lo que le ofrecen, porque antes es vivir que filosofar.

El calvario que ahí empieza no es cosa de poca monta. El que salió de la universidad acostumbrado a trabajar sobre textos metafísicos de alto vuelo, ahora quizás tendrá que volver a estudiar un manual de Historia Patria, además de otro de Geografía o de Reli-

gión. Pero este inconveniente, con ser muy grave, no es más que el primero. El nuevo educador, que es filósofo puro, jamás recibió nociones de pedagogía. Por esto su labor se desarrollará por muchos años en una palestra de improvisación.

También cabe suponer que el licenciado haya tenido alguna suerte y se le haya recibido como profesor de filosofía exclusivamente. Tampoco en este caso podrá debutar con muchas ilusiones. Su labor docente se verá condicionada por los manuales de filosofía que se imponen en el colegio. Esos libritos, llenos de recuadros memorizables, harán pensar al nuevo profesor que no vale en absoluto la pena ser licenciado en Filosofía y Letras. Entristecido, recordará y aplicará a su caso el viejo dicho: *Ad quid perditio haec?*

Sus alumnos, provistos de un libro pedagógicamente concebido para facilitar y hacer interesante la filosofía, escucharán, a pesar de ello, las lecciones con tedio y fatiga, porque los tristes manuales de filosofía jamás fueron aptos para despertar el interés por la verdadera tarea del pensar. Por otra parte, el profesor, acostumbrado a interesarse por los contenidos genuinos del pensamiento filosófico, se hallará limitado a explicar una retahíla de definiciones y clasificaciones, generalmente cargadas de intención redargüitiva y totalmente alejadas de los intereses estudiantiles.

Poco a poco, el hastío de los alumnos llegará a contagiar al mismo profesor, porque éste, falto de orientaciones precisas en cuanto a técnica docente, desesperará de lograr el interés de su cansado auditorio. Desde entonces, se sentirá profesor de una materia inútil; se verá reducido a ser una pieza secundaria en el conjunto de su colegio y acabará por sentir hacia sus obligadas lecciones el mismo tedio que experimentan los alumnos que las reciben.

Si en tal estado de ánimo el profesor no posee un temperamento primario y activo, es decir, si no acierta a encontrar buenas iniciativas por su cuenta que le hagan levantar el ritmo de sus lecciones, poco a poco irá sumiéndose en ese estado grisáceo que es característico de los profesores de humanidades. Como hombre frustrado, llevará sobre sus hombros, a manera de carga, su labor cotidiana, la que hubiera tenido que ser expresión natural y realización de su existencia como hombre.

Por ser la enseñanza de la filosofía una tarea de menor importancia, el profesor tendrá también que conformarse con vivir en una posición social más bien inferior. Aunque él quizás no cree en clasismos, las clases sociales existen y nos condicionan inevitablemente. Como su labor, en la que él creía tanto, no puede compararse, dentro del mismo colegio, con la del profesor de física o matemáticas, que son asignaturas de primer orden, a veces tendrá que soportar algunas diferencias humillantes, que en otra escala son las mismas que sufren los profesores de filosofía a nivel superior.

Puesto que el "filósofo" está trabajando en un campo de poca demanda, nunca podrá atreverse a exigir demasiados derechos, sino

que deberá aceptar las condiciones de trabajo que buenamente se le propongan. Porque en realidad, él no es filósofo en la misma proporción profesional en que el médico es médico, por lo que deberá contentarse con vivir como pueda de lo que le **quieran dar** por enseñar filosofía. Nuestro pobre profesor de filosofía, insolvente crónico, siempre abrumado de pequeñas deudas, consciente de su estado de inferioridad, tal vez hallará triste defensa fingiendo desprecio por las ventajas materiales que ofrecen otras profesiones. Lanzará diatribas contra la técnica, acusándola de ser la causante de la deshumanización de la sociedad. Pero si alguien le pregunta sobre el papel de la filosofía en el mundo de hoy, sólo encontrará que responder unas pocas vaguedades, de las que visiblemente él mismo no está nada convencido.

No creo que nadie pueda constatar que la situación de la filosofía y de los filósofos de hoy sea fundamentalmente mejor de lo que trato de mostrar en esta descripción. Y siendo ello así, no debe extrañarnos que vaya creciendo la convicción de que la filosofía, en definitiva, no constituye ningún quehacer determinado. Siempre que en las universidades se han establecido diálogos entre la Administración y el Claustro de la facultad de filosofía, nunca se han escuchado como resultado otras razones que vayan más allá de un mero deseo de sobrevivencia por parte de los "filósofos".

Ellos siguen pidiendo para su facultad mejores atenciones y prerrogativas, a las que se considera que tienen derecho. Pero los de la parte contraria, siempre en su ámbito práctico, sacan a relucir la pregunta habitual: ¿Cuáles son los programas determinados que la facultad puede ofrecer para elevar el nivel académico y para formar licenciados que no sean candidatos al desempleo? Los "filósofos", al menos por lo que he visto y oído hasta hoy, jamás han podido hallar a ese interrogante una solución adecuada y practicable. Todo lo que me ha tocado escuchar en semejantes casos no ha pasado de largas y artificiosas disertaciones, que la reunión escuchaba con paciencia y cortesía. Directivos y profesores levantaban la sesión, como siempre, sin ningún elemento concreto sobre el cual trazar un plan de reforma. Como consecuencia, los directivos universitarios se afianzaban todavía más en la convicción de que hay que reducir inversión a las facultades de filosofía, porque no hay manera de sacar de ellas una idea clara y distinta sobre la naturaleza y finalidad de su trabajo.

Ante estos hechos, que colocan a la filosofía cada vez en condiciones más precarias, nadie que esté seriamente interesado en el saber universitario puede sumirse en la indiferencia. A todos los que en alguna forma cultivamos la filosofía se nos impone reaccionar en bloque. Pero esta reacción deberá emprenderse con orden, es decir, con espíritu filosófico. Y decirlo así es como decir con espíritu de sinceridad. Este comienzo de reflexión debe partir, naturalmente, de la misma facultad. ¿De dónde cabe esperarlo, si no? Claro que de dondequiera que viniere sería bien venido; pero mien-

tras estamos esperando mejores soluciones, hay que acudir a las facultades de filosofía. En ellas deberá surgir como primera pregunta: ¿De dónde viene la precariedad crónica del quehacer filosófico? Y después otras: ¿Por qué los profesores de filosofía no han logrado detenerla? ¿Cómo hay que obrar para hacer que la filosofía sea respetada como ciencia?

Por descontado que no podemos responder a estas preguntas con los consabidos discursos de consolación. Hay que reflexionar con realismo y sinceridad. Ya que de sinceridad hemos hablado, por mi parte, empezaré dando una respuesta muy general, quizás perogrullesca, pero cierta de toda certeza.

La crisis de la filosofía universitaria se debe a que los llamados "filósofos" de las facultades no son verdaderos filósofos, sino meros dilectantes de la filosofía hecha por otros. Son profesores sin pensamiento propio. Trabajan sobre materiales elaborados por otros compiladores. A lo sumo, saben dar su versión personal de los grandes maestros, haciendo a veces alarde de buen ingenio. Pero ni ellos piensan por su cuenta ni enseñan a nadie cómo hay que formar un pensamiento. De profesores a discípulos hemos heredado y estamos transmitiendo las mismas actitudes rutinarias. ¿Que la culpa no es siempre nuestra? ¿Que deberíamos trabajar en otras condiciones? Todas estas son cuestiones aparte, que deben ser tratadas a su tiempo. En todo caso, se nos impone con urgencia una gran tarea de autorreforma, si no queremos seguir siendo los profesores de una ciencia que no sirve para nada.

2.—La filosofía como ciencia auxiliar

Desde remotos tiempos, lo primero que preocupó a los filósofos fue el deseo de hallar una autojustificación de la filosofía. En la época presocrática este problema quedaba resuelto por hecho de ser la filosofía el espíritu mismo de la búsqueda científica; espíritu tan íntimamente ligado a las ciencias, que prácticamente se confundía con todas ellas. Pero desde que Aristóteles se puso a discernir la filosofía del resto de las ciencias, aunque señalándole un lugar preponderante, parece que ha ido creciendo la confusión al tratar de definir la naturaleza y funciones de la tarea filosófica.

Aristóteles comienza por afirmar que la filosofía se reduce antonomásticamente a la metafísica, a la que por esto llama "filosofía primera". Después de insistir en que esta ciencia es máximamente tal porque se ocupa de las primeras causas (Cfr. *Metaphys.*, I, 982 a-b), pasa a explicar la forma peculiar cómo la filosofía debe tratar de la verdad. La contemplación de la verdad es el punto culminante de la filosofía. Tanto es así, que ella debe ser definida como ciencia de la verdad.

Pero la contemplación de la verdad es una ciencia teórica, que hay que distinguir muy bien de las otras ciencias prácticas, que no

consideran la verdad como fin en sí, sino que persiguen determinadas utilidades que se derivan de la investigación de la verdad. En otras palabras: buscan establecer las relaciones entre la verdad y las cosas. Esto implica que las ciencias prácticas sólo se interesan por las causas inmediatas de los fenómenos, en tanto que la filosofía primera busca las más remotas, o primeros principios, a donde encadenadamente se remiten las causas secundarias o inmediatas de las cosas. Argumentando así, Aristóteles concluirá que, puesto que la filosofía se ocupa de las primeras causas de la verdad, ella es la ciencia más verdadera que se puede cultivar. (Id., II, 993b-994a).

Aparentemente, esta concepción de la filosofía se ajusta con gran objetividad y realismo al hecho del filosofar tal como tradicionalmente se estaba dando. Como buen discípulo de Platón, Aristóteles colocaba la ciencia del pensar en la cúspide de una pirámide ideal, desde donde la filosofía presidía, a manera de idea suprema, el concierto de todas las ciencias inferiores que con respecto a la primera debían tener razón de formas eidéticas del saber.

En consecuencia, la filosofía, ciencia máxima, requería, para su cultivo, de unos hombres escogidos entre los máximamente dotados para la especulación. Por esta misma razón, tales hombres debían ser necesariamente pocos.

Por otro lado, siendo que el primer interés de los hombres no es la verdad en sí, sino la verdad en las cosas, los filósofos que postulaba Aristóteles debían ser, además de personas singulares, contemplativas por vocación. Así, los hombres dedicados a la filosofía debían ser segregados del resto de la comunidad política, exclusivamente dedicados a la contemplación, excluidos de las cargas y cargos públicos. Para ellos pediría el Estagirita a los gobiernos una protección especial, consistente en asegurarles el ocio (*scholé*), con el fin de que hubiera siempre en la Polis quienes pudieran dedicarse a la contemplación de la verdad sin los estorbos y distracciones de las cosas políticas y domésticas. Ideal excelente éste, que se resiente de la concepción platónica de una República, cuyos gobernantes debían ser filósofos.

Pero mucho antes de que este plan pudiera llevarse a la práctica, los cultivadores de la verdad en las cosas pensaron que una república tenía necesidades mucho más urgentes que la de pensionar a grupos de teóricos y contemplativos, a los que la naturaleza misma de la filosofía hacía ineptos para suministrar consejos en el plano de la administración pública o de la estrategia militar. El filósofo a lo aristotélico mal podía ocupar un puesto en la administración que compaginara adecuadamente con el cultivo de las últimas causas o principios. Posiblemente bajo esta confusión el quehacer filosófico empezó a ser una tarea prácticamente de naturaleza indeterminada.

De hecho, los acontecimientos políticos y militares que acabaron con la hegemonía de Atenas estaban demostrando que ni el

mejor filósofo ateniense, como fue el maestro de Alejandro, había sido capaz, con sus amonestaciones, de contener la ambición destructiva que progresivamente fue animando a su discípulo. En definitiva, después de estar por largo tiempo ocupado en la educación del gobernante, pretendiendo haberle infundido una noción adecuada del poder, no consiguió inculcarle la lección que habría sido la más útil de su vida.

Posteriormente, los Maestros de la Academia y del Liceo se encargaron de demostrar en la práctica que la exaltación idealista que Aristóteles había hecho de la filosofía fue como una suntuosa preparación de sus honras fúnebres. Efectivamente, desde aquellos tiempos empezó la filosofía su rumbo incierto y alejado del siglo.

Mientras tanto, las otras ciencias ganaban terreno a su favor al dedicarse a estudiar la aplicación de las matemáticas a los fenómenos físicos, consiguiendo resultados que fueron relegando la filosofía a un mero ejercicio de pasatiempo y entretenimiento. Y en realidad este efecto que sufrió el pensamiento filosófico era apenas natural: las especulaciones de académicos y peripatéticos no daban para más.

Pero el hombre es por naturaleza pensador, y no era posible que fuese unánimemente aceptado el fracaso de la filosofía. Por esto, no faltaron quienes se pusieran a reflexionar sobre las causas del desprestigio en que había caído la herencia platónico-aristotélica. ¿No se trataría, quizás, de destruir algunos moldes establecidos y sacralizados por los dos Maestros? ¿Debían ser necesariamente los filósofos los típicos desadaptados de la vida política, los hombres segregados de todo lo práctico, a los que había que apacentar en una inocente soledad? Esto no era posible. La filosofía debía reiniciar como otras tantas veces, una valiente y sincera labor de autoexamen.

No importaba que en ese trabajo de revisión cayeran algunos mitos intocables. La exaltación irrealizable que de la filosofía habían hecho Platón y Aristóteles equivalió a condenarla al oscurantismo; cosa que se había realizado a muy corto plazo. Para volver a levantar de su postración el noble trabajo del pensamiento, había que pensar en una fórmula que lo colocara no en una cabecera ideal, sino en el seno mismo de la vida cotidiana. En otras palabras: dejando a un lado la natural tendencia que tenemos de cultivar el mito de la autoridad más próxima, había que recorrer nuevamente los caminos de Sócrates. La filosofía tenía que seguir siendo la ciencia de los principios, sólo a condición de que se la pusiera al servicio del hombre y de sus problemas concretos.

Siendo esto así, la filosofía tenía que surgir del contacto con los conflictos políticos y sociales que creaban inquietudes y desorientaciones, manifestadas especialmente en actitudes de protesta juvenil. La juventud, siempre ansiosa de realizaciones urgentes en el campo de la justicia, odia los discursos vacíos e incomprensibles y dilatorios del problema momentáneo.

Tal había sido la situación que habían aprovechado los Sofistas para poner en revisión el pensamiento ya caduco de los maestros tradicionales. Pero algunos de esos innovadores llegaron a tal extremo al poner la filosofía al servicio del hombre, que acabaron sometiéndola al servicio de los intereses humanos. Entonces hubo que esperar la intervención de un filósofo excepcional, que devolviera a la filosofía su perdida dignidad. Este fue Sócrates, quien no hizo otra cosa que recomenzar el quehacer pensante desde las más profundas raíces humanas.

Analizando las contradicciones de su tiempo, el gran filósofo descubre que su tarea tiene un destino de verdadero servicio social, por el que, de rechazo, se puede restituir a la filosofía al puesto que antes tenía como ciencia de los principios. Ese hombre humilde y desaparentado que fue Sócrates, tan permanentemente ocupado en sus relaciones humanas que no tuvo tiempo de escribir un solo renglón, hizo la restauración de la filosofía utilizando métodos prácticos que produjeron una extraña conmoción social, cuya significación y alcances quizás hoy no estamos en condiciones de imaginar adecuadamente. Sócrates y los Sofistas eran el tema del momento. De ellos se hablaba en los foros, en los mercados y en el teatro.

Tan grande llegó a ser el fenómeno socrático, que las mentes sintetizadoras del momento sintieron la necesidad de ocuparse de él. Pero la labor de Sócrates, primero refundida anárquica y arbitrariamente por Platón y después metodizada por Aristóteles hasta los límites del más perfecto rigor, fue desvaneciéndose del plano de los hechos para terminar convertida en depurados esquemas. Y más tarde, la locuacidad de los académicos y peripatéticos envileció de nuevo a la filosofía dejándola en el mismo estado en que la había encontrado Sócrates.

Así, quizás inspirados por el ejemplo socrático, intentaron revitalizar la tarea filosófica los estoicos y epicúreos, cuyo pensamiento retorna a los campos de la moral. Sus preocupaciones fundamentales rodarán en torno a la búsqueda de una solución a los principales problemas del hombre: el dolor y la muerte. En medio de la inseguridad política que entonces se vivía, la humanidad sentía de más de cerca la continua amenaza de ambas calamidades. En momentos en que el hombre vivía especialmente desprotegido, sólo le cabía buscar refugio dentro de sí mismo.

Por esto, estas dos escuelas procuran liberar a sus discípulos de toda aspiración que no esté contenida dentro del alcance de las necesidades más elementales, buscando la tranquilidad y el placer únicamente dentro del orden natural. Se trataba de acomodar la mente a la naturaleza de las cosas; tarea que ofrecía infinitas ocasiones de reflexionar y enriquecer el alma huyendo de todo lo suntoso y artificial. Ahí, aunque sólo por un corto período, la filosofía volvió a demostrar que no es una cosa inútil, sino que merece ser cultivada y que es necesario que lo sea.

Semejantes evoluciones se fueron dando en el recorrer histórico del pensamiento. Es arriesgado hacer más precisiones, y sé que con sólo las referidas me expongo a formidables y autorizados rechazos. Pero confío en que se me dará la razón en cuanto a la tónica general. Es decir: que en el terreno de los problemas humanos, la filosofía siente que no puede refugiarse exclusivamente en el claustro de la metafísica pura. Yo no quiero decir que no haya lugar para ella; ojalá pudiéramos poseerla algún día definitivamente. Pero ocurre que poco a poco nos vamos convenciendo de que la especulación por sí misma sólo es lícita como coronamiento del trabajo que urge al filósofo frente a las situaciones perentorias. Y como esa urgencia nunca deja tregua, quizás convenga abandonar la metafísica, provisoria e indefinidamente, en el área de las aspiraciones ideales.

El plan trazado por Aristóteles, según el cual la filosofía debía surtir a todas las otras ciencias desde el plano del Ser, por ejemplo, suministrando a la matemática el ser cuántico, a la física el ser móvil, a la medicina el ser saludable, etc., era tanto como suponer que las necesidades y los problemas del hombre arrancan inmediatamente de lo abstracto, lo que por otra parte estaría en contradicción con la totalidad del sistema aristotélico.

Entonces, si la filosofía quiere volver a ser útil y tomar un puesto digno entre las ciencias, deberá bajar los ojos al campo concreto de las situaciones humanas. Ahora bien, la humanidad no siente como primera de sus aspiraciones la de la comprensión del ser en cuanto tal. Por consiguiente, las cuestiones metafísicas no pueden ser la primera exigencia del trabajo filosófico. Ellas podrían ser una labor de perfeccionamiento en el supuesto caso de que se lograra reintegrar la filosofía al plano de las ciencias humanas. La metafísica pura sería, en el mejor de los casos, un toque de lujo sobre un buen análisis de la vida actual; algo que puede venir por añadidura tras un diagnóstico claro de los problemas humanos de cada tiempo.

Si esto es así, la filosofía deberá hacer, primero que todo, un acto de humildad: una firme decisión de apearse del pedestal platónico-aristotélico en el que secularmente ha sido puesta. Deberá proponerse, como las otras ciencias, una búsqueda ordenada al servicio de algo. Aquello de la **contemplación de la verdad** está muy bien como esquema destinado a la caracterización del trabajo filosófico de otras épocas. Pero actualmente ninguna parte de la humanidad puede asumir una actitud meramente contemplativa que se justifique con suficiente claridad en el desconcierto ideológico de nuestro mundo. La filosofía tiene que buscar sus objetivos precisos como una ciencia más al servicio de los hombres.

Históricamente, tal vez se pueden distinguir los grandes filósofos de los mediocres en que los primeros hicieron una filosofía, mientras que los segundos creyeron que la filosofía ya estaba hecha,

y que bastaba con exponer y enseñar escolarmente el pensamiento de otros. Los primeros son los filósofos profesionales, los segundos los dilectantes. Lo que hizo a los primeros ser grandes maestros del pensamiento fue, ante todo, su condición práctica, su espíritu de servicio, y no su disponibilidad meramente contemplativa.

Cada uno de ellos hizo su filosofía sin tomar las anteriores como una herencia intocable. Los filósofos profesionales han reconocido el trabajo de sus antecesores como un contributo más o menos valioso en la búsqueda de la verdad; pero sólo los filósofos mediocres se han distinguido como discípulos fanáticos. La expresión "magister dixit", aparte de que hoy ya está fuera de todo panorama, sólo podría compartirla un espíritu pusilánime, o, para decirlo con lenguaje platónico, una alma inferior. La razón de ello es que el tiempo, dentro del que la filosofía labora, es una realidad dinámica y fluyente, que envuelve todas las actividades humanas, las condiciona y las va situando cada día bajo nuevas perspectivas. Por esto, la expresión "philosophia perennis" sólo es perdonable por venir de quien no la refrendó con el ejemplo personal.

No hay filosofía perenne, porque el quehacer filosófico a nivel de primeras figuras ha sido siempre un proceso de superación. Y esa superación ha sido conseguida gracias a que los grandes maestros concibieron la filosofía como una ciencia auxiliar. Hacer a este respecto comprobaciones históricas no sería difícil, aunque para hacerlas a fondo sería necesaria una larga dedicación. Pero podemos traer unas ligeras indicaciones que nos sirvan de patrón. Los más notables pensadores de la época patristica, por ejemplo, tomaron a Platón como maestro, pero estuvieron muy lejos de rendirle pleitesía intelectual. Simplemente aprovecharon su filosofía para ponerla al servicio de una vida cristiana cada día más proficiente, que debido a su pujanza vital, ya había virtualmente fundado un sistema de pensar que requería una elaboración intelectual.

Así surgió un neoplatonismo cristiano, o, como muchos prefieren decir, una filosofía cristiana, que fue, en cualquier caso, un pensamiento **aplicado** a una vida. Siguiendo los tiempos, el auge de los pensadores cristianos llegó a estructurar un sistema filosófico mucho más determinado que, bajo el reclamo jerárquico del espíritu platónico, acabó por abrir la perspectiva de una ciencia superior, la teología, ciencia de Dios y de las cosas divinas, que quedaba instaurada más allá de los límites de la razón natural.

Desde entonces, había nacido para el "homo viator" la única ciencia que merecía la pena de ser cultivada. Con razón la filosofía tuvo que convertirse en "ancilla theologiae". Ser criada y servidora de la teología no fue para la filosofía ninguna alienación deshonrosa; al fin y al cabo seguía siendo tan servidora como antes; sólo había cambiado de amo.

Los que desconfían de la filosofía medieval por su condición de criada, que incluye falta de libertad y autonomía, quizás no tie-

nen en cuenta que en todos los tiempos el pensar filosófico ha tenido que cumplir su anclaje. Y cuando el pensamiento no ha sido así, ha degenerado en **juego literario**, como lo calificaba Séneca. Dentro del espíritu medieval, en que la teología era la ciencia por antonomasia, la filosofía no podía encontrar otro menester más honroso que el de reflejar e interpretar las condiciones del hombre entendido como **peregrino hacia la Patria**. Y para ese hombre peregrino, la filosofía era buena sólo en la medida en que le ayudaba a creer y a entender mejor los dogmas que enseñaba la teología. De esta forma la filosofía en la Edad Media cumplió, como en otras épocas, su misión de servidora.

Carece, pues, de sentido de la oportunidad la pretensión de justificar la filosofía por sí misma. Al menos no lo hicieron así los filósofos más notables. Su filosofía se justificó en la medida en que fue válida para su tiempo. Como todas las otras ciencias, la filosofía también tiene razón de medio. Y hoy más que nunca —porque hoy más que nunca sufre crisis—, está destinada a servir. Y como en sus buenas épocas, hoy también tiene que buscar a los amos que necesitan de sus servicios.

Dentro de esta tarea, el filósofo tiene dos fases que llenar: una consistente en revisar los contenidos históricos con mirada contemporánea; y otra que será la de fijar los objetos y el procedimiento para **hacer** la filosofía que demandan nuestros tiempos.

3.—Los contenidos históricos de la filosofía

Parece indudable que las figuras más importantes del pensamiento filosófico lo han sido por haber acertado a reflejar la situación moral y social de los hombres de su tiempo. Ellos fueron, bajo este aspecto, creadores de un sistema. Pero tal sistema no tiene valor sino en la medida en que es testimonio excepcional de los conflictos de una generación.

Uno de los errores que se suelen cometer al enjuiciar a ciertos filósofos, es el de presentarlos como hombres ajenos a su tiempo, explicándose su pensamiento con una candorosa simplicidad que es al mismo tiempo una injusticia tremenda cometida contra sus autores. Se suelen exponer las teorías filosóficas sin atender a las razones de lugar y tiempo ni tan siquiera presentar el planteamiento de la cuestión. Nada tiene de extraño, entonces, que la filosofía carezca de interés.

Pero el que trata de profundizar sobre los mismos textos de los autores con mentalidad nueva e independiente de las informaciones que dan los manuales escolares, pronto se dará cuenta que el puesto que un filósofo ha merecido en la historia tiene poco que ver con las explicaciones de segunda mano que imparten los profesores.

Lo primero que hallaremos en el trabajo filosófico de los Maestros es un estilo peculiar en la búsqueda de la verdad, una menta-

lidad escudriñadora que supo levantar cuestiones sobre las cuales todavía no está terminada la discusión. De ahí que haya tantos filósofos que, además de haber servido a su generación, pueden seguir colaborando con la nuestra, porque al fin de cuentas los conflictos humanos son siempre los mismos bajo las más diversas modalidades.

Los filósofos que han pasado a la posteridad son precisamente aquellos que mejor supieron diagnosticar sobre los males de su tiempo. Están tan presentes en nuestro siglo como lo estuvieron en el suyo. La imagen platónica del filósofo como ente extraño y despistado, carente de toda información práctica; el filósofo de quien se burlan las criadas de Tracia (Cfr. Teeteto 175c-177c), es una descripción que no tiene por qué causarnos risa, aunque la interpretemos con la más estricta literalidad. Todo el que se dedica intensamente a su quehacer se comporta como despistado. El investigador científico suele ser poco dotado para sacar partido de las cosas prácticas, porque no es normal que el que mantiene toda su atención fija en un objeto pueda al mismo tiempo vivir completamente integrado en el mundo de los cambiantes oportunismos.

El caso de los filósofos es especialmente curioso a este respecto. Ellos han solido aparecer como hombres abstraídos, alejados de su tiempo y de sus otras circunstancias. Sin embargo, acudimos a ellos cuando queremos tener ideas precisas acerca de los problemas e inquietudes que dominaban su siglo. Tal vez el filósofo nos parece alejado de su tiempo por el hecho de que vive sumergido en él hasta la máxima profundidad. Vivir en el mundo no consiste tan sólo en aprovechar bien las eventualidades que en cada momento se nos ofrecen. Quizás mejor en otros términos: vivir los tiempos no es lo mismo que vivir la vida.

Teniendo esto en cuenta, el filósofo puede ser el mejor intérprete de su tiempo, aunque, como en la descripción platónica, viva completamente en ayunas de las informaciones momentáneas, aquellas necesarias para vivir una vida de integración a la sociedad. La gran mayoría, por no decir la casi totalidad, de los Maestros del pensamiento vivieron en condiciones prácticamente monásticas; y a pesar de esto, en tal grado fueron ellos hombres de su tiempo, que la huella que dejaron señaló caminos aptos para las siguientes generaciones. De su pensamiento sigue alimentándose nuestra filosofía universitaria.

Tales de Mileto, el filósofo de quien públicamente se burló una criada de Tracia, al verlo caído en una zanja mientras andaba distraído meditando sobre el Cosmos, puede convertirse en un hombre actual, si lo ponemos en manos de un filósofo contemporáneo que no sea un mero dilectante de la filosofía.

Actual es todavía un pensador del pasado que supo hacerse cargo de los problemas de su tiempo. En la Florencia de los Médicis

había insignes escolásticos de los que ni siquiera el nombre ha quedado, mientras que un hombre como Maquiavelo, de vida tan gris y de tan pobres aspiraciones, escribe un libro que, por haber tocado la llaga de su tiempo, seguirá dando siempre nuevos motivos de discusión.

Lo dicho hasta aquí no significa que los grandes filósofos lo fueron por haber roto con el pasado, aunque sea verdad que en gran parte su pensamiento arrancó de varias e importantes rupturas. Porque todo filósofo es por naturaleza "protestante". Pero el que protesta en el campo de la filosofía no puede protestar a ciegas. El que en filosofía rompe con el pasado es porque lo conoce o cree conocerlo sobradamente. De no ser así, la protesta de los filósofos sería una gran insipiencia, defecto que es el más polarmente negativo que puede contraer un pensador.

En el fondo y en realidad, toda creación de un pensamiento filosófico es hecha sobre la base de los aportes anteriores. Por esto se suele decir que la tarea filosófica es un quehacer común. Primero que forjar un pensamiento propio, el filósofo ha tenido que profundizar más que sus coetáneos en la obra de los antepasados, que con semejante mentalidad hicieron también un pensamiento válido para el futuro.

Lo que el filósofo rechaza de sus antepasados es precisamente aquella parte de pensamiento que no se produjo a la vista de las realidades del tiempo, por lo que tampoco posteriormente ha sido digno de consideración. Pero cuando el filósofo rechaza algo, no lo hace con espíritu de iconoclasta, sino comprendiendo que el material aprovechable a través de los tiempos en una teoría filosófica sólo puede darse en una moderada cantidad. El verdadero filósofo que quiere aprovechar los aportes del pasado recoge, para insertarlas en el presente, aquellas doctrinas que de tal manera se refirieron al hombre íntegra y universalmente considerado, que el paso de los siglos nunca fue parte a condenarlas a la caducidad.

Las doctrinas de Heraclito, Sócrates y Epicuro —el verdadero Epicuro, no el que conocemos los latinos por tradición horaciana—, a pesar de ser tan viejas y de que las hayamos conocido con tanta pobreza de referencias, dejaron para siempre impreso en las mentes de los pensadores el verdadero espíritu del filosofar. Cada uno de ellos puede ser hoy tan actual como el que lo es más. Ojalá se asemejaran a ellos los licenciados y doctores que salen de nuestras facultades de filosofía: a buen seguro que el quehacer filosófico no sería considerado como un entrenamiento, sino como una verdadera profesión. Esos nuevos a la vez que viejos filósofos conmocionarían al mundo y se colocarían en vanguardia. Y si acaso, a pesar de la prestancia de su trabajo, provocaran el cierre de las facultades de filosofía, —cosa que dudo mucho—, ello no sucedería, como sucede ahora, sin pena ni gloria.

Si los pequeños filósofos de hoy quieren protestar contra la sociedad de consumo, tienen buenos modelos en el pasado que los

ayudarán a salir de su mediocridad. Sócrates también luchó contra ese género de sociedad, y logró conmocionarla sin hacer uso de grandes alardes: simplemente lo hizo con la conversación filosófica a nivel de los hechos de la vida real y a veces hasta pedestre.

No es menester elaborar sistemas arquitectónicos de pensamiento para dejar huella profunda. No creo que haya que pensar que fueron los mejores los que más se preocuparon de esquematizar su doctrina, haciendo con ella un sistema con pretensiones de resistencia a toda prueba. Los mejores filósofos parecen más bien aquellos que tuvieron como primera preocupación la de servir a su comunidad ayudándola a superar las ideologías de turno que la tiranizaban.

Tal vez en el ejercicio de esa tarea algunos filósofos cayeron en contradicciones, por lo que tradicionalmente se les ha tenido como inferiores a los que forjaron sistemas cerrados. Todo filósofo de hoy que se enfrenta al pensamiento de los antiguos no debe ir predispuesto a desconfiar de las contradicciones que encuentre, sino a salirles al paso y a arrostrarlas paladinamente. Las contradicciones, lejos de entorpecer el pensamiento filosófico, le dan mayor vigor y le hacen adelantarse a los siglos futuros. Al fin y al cabo, la vida humana que la filosofía debe reflejar se desenvuelve en un cúmulo de contradicciones. El espíritu crítico que requieren nuestros tiempos es en el fondo espíritu de contradicción. Poco importa, en fin, que un filósofo abunde en contradicciones si en cada una de ellas nos vemos abocados a una nueva parada obligatoria en el decurso del pensar. El que piensa por cuenta propia —y no es filósofo quien no lo hace— es inevitable que con frecuencia contradiga y se contradiga.

A este propósito quisiera destacar una de las primeras condiciones con que sería preciso enfrentarnos a los contenidos históricos de la filosofía. A saber: que no acudiéramos al pensamiento de los filósofos en busca de respuestas definitivas. La razón de ello es porque la tarea principal de la filosofía no parece que sea la de responder, sino la de preguntar. Las respuestas de la filosofía, si a veces se dan, difícilmente pueden sostenerse como válidas para siempre. Pero la actitud de buscar y preguntar es la que en el hombre tiene carácter de permanencia.

Si quisiéramos indagar por qué el sistema cerrado de Aristóteles tuvo menos fortuna en el tiempo que las inquietantes reflexiones de Platón, quizás deberíamos responder que Platón se ha ganado la mayoría gracias a que sus exposiciones no dejan la impresión de una obra terminada. Los tratados de Aristóteles y las *Summae* medievales tienen para el futuro más valor monumental que ideológico, aun concediendo a los monumentos toda la ideología que se quiera. Más interesante es el marxismo a la vista de su **contradicción fundamental** que si lo consideramos como empeño en el que triunfó una vez más la paciencia teutona.

El pensamiento es por naturaleza dinámico y yo no podré convertirlo en estático por más que me sienta contento con las respuestas que algunas metafísicas han querido dar. Y aunque nos apeteciera quedarnos en semejante estado beatífico, no sucedería eso sin que paralelamente nos impulsáramos nuevas preguntas. Justamente al contrario de lo que ocurre en las ciencias aplicadas, en filosofía las respuestas son temporales y las preguntas eternas.

De acuerdo a lo dicho, los contenidos históricos que explicamos en la universidad deberían responder a las exigencias de nuestro presente. Si, como quería Gentile, toda verdadera historia debe ser historia contemporánea, más rigurosamente sería eso cierto con la historia del pensamiento, ya que éste es la expresión más alta del dinamismo humano. Por consiguiente, sólo sería aceptable la exposición de un pensamiento pasado si se hiciera en base de un enfoque proyectado desde el presente.

Pero lo que ocurre en la mayoría de los casos en nuestras universidades es precisamente lo contrario. Se exponen las teorías sin tener en cuenta el impulso vital que las creó, sino de acuerdo a una mentalidad acomodaticia que se estacionó en un recodo de la historia. En general, nada se quiere saber de los motivos profundamente humanos que dieron origen a las filosofías, ni de que éstos pueden seguir repitiéndose en las más diversas épocas y circunstancias. De todas las actitudes pensantes en épocas pasadas no hay ninguna que no pueda repetirse en la nuestra, siempre y cuando nos propongamos, al exponer el pensamiento, ir más allá de la mera información.

¿Y qué es lo que hace que nuestras lecciones de filosofía sean meramente informativas? Aparte de nuestras naturales y excusables limitaciones, habría quizás un defecto que los filósofos no nos deberíamos perdonar. Me refiero a nuestra pretensión de hallarnos ideológicamente ubicados; de sentirnos ya poseedores de una verdad, por lo que no nos creemos en la necesidad de pedir ayuda a los pensadores que nos precedieron o a otros con cuya teoría no comulgamos.

Cada uno de acuerdo con sus convicciones, cree que hubo una época de la filosofía en que se descubrió la verdad absoluta. En otras palabras: cada profesor, consciente o inconscientemente, ha puesto su fe en una "filosofía perenne". Todas las otras formas de pensar se valoran en la medida en que muestran su acuerdo con la filosofía que cada uno cree definitiva. Es por eso que cuando se pasan a revisión los contenidos de las diversas épocas filosóficas, cada uno cree haber despachado las cuestiones con la simple referencia de las opiniones acerca del mundo o del hombre. Pero no se exponen dichas opiniones a partir de un planteamiento fundamental, sino que se va directamente a la formulación de la teoría. Se cree que lo importante es quemar etapas. Cuanto mayor sea la trayectoria cronológica que haya logrado cubrir el profesor más eficiente y laudable se cree que ha sido su tarea.

Si el ambiente en que se enseña es confesional —cualquiera que sea la confesión—, se considera que la misión del profesor es estudiar y hacer estudiar los contenidos históricos en relación con el pensamiento que se trata de defender. En este aspecto, lo fundamental es hacer que el alumno llegue a la conclusión de que todo pensamiento que se aleja de tal o cual filosofía constituye una muestra más de cuán proclive es el entendimiento humano hacia el desatino cuando se aparta de la “recta razón”. En consecuencia, las lecciones de “historia de la filosofía” cobran un carácter eminentemente redargüitivo. Toda teoría filosófica que no concuerde con la nuestra se debe refutar. Y en verdad tal como se exponen hoy las lecciones de filosofía, cualquiera que no sea la “nuestra” tiene fácil refutación, porque nada convence mejor a una teoría de su falsedad que el hecho de ser presentada sin ningún contexto. Con este criterio bien pudieron decir algunos: **“amicus Plato, sed magis amica veritas”**.

Cuando así procede la docencia filosófica; cuando tocamos con simples referencias cronológicas las filosofías que no están con la “nuestra”, es entonces cuando nuestro quehacer filosófico se torna inútil, se vuelve un pasatiempo para los intelectos que no son capaces de aspirar a mayor cosa. Desde aquel momento la filosofía dejó de tener interés, porque a ninguna persona sensata le interesará estudiar la historia de la filosofía sólo para saber a qué filósofos toca la mayor parte de razón. Es natural, entonces, que las lecciones se escuchen con el tedio y la desgana a que estamos acostumbrados, sin que se escapen de esa costumbre ni siquiera los estudiantes de la carrera de filosofía. Con el uso de semejante método poco podremos esperar el renacimiento de la filosofía, porque ésta seguirá tan muerta o dormida como antes mientras sigamos formando escolares bajo la intención de dejarlos contentos con lo que dijeron los demás. A nadie mejor que a ellos convendría la advertencia de Séneca: **“Nihil magis praestandum est quam ne pecorum ritu se quamur antecedentium gregem, pergentes non qua eundum est, sed qua itur”**. (Séneca, *De Advoc.*, XXXI). Es decir: nada debemos tener más en cuenta que guardarnos de seguir, a modo de ovejas, el rebaño de los que nos anteceden, marchando no a donde hay que ir, sino a donde los otros van.

En efecto: ovejas son y miembros de rebaño los pensadores que se ejercitan únicamente en el pensamiento de los demás, con la sola intención de interpretarlo con la máxima fidelidad. La obsesión del seguimiento incondicional al Maestro no termina con las discrepancias surgidas en la escuela en torno a puntos generalmente muy secundarios; sino que tanto los discípulos ortodoxos como los heterodoxos acaban asentándose en alguna forma de ortodoxia.

No niego, por cierto, que sea necesario conocer con fidelidad el pensamiento de las filosofías. Con ellos aprendemos a filosofar, lo que no se alcanzaría con un conocimiento superficial de sus teorías. Pero esa fidelidad debe terminar en el momento en que las hemos conocido. Pretender que tras el conocimiento del autor todo el resto del pensar continúe en la misma línea sería tanto como so-

meter el entendimiento a un régimen de tiranía. Nunca llegaremos hasta la saciedad por más que insistamos en que los filósofos no deben ser estudiados tan sólo para seguir o rechazar sus doctrinas. Se estudian los filósofos para aprender a filosofar, y de ellos no lo aprenderemos mientras persistamos o en mantenerles nuestra ciega conformidad o en lanzarles anatemas desde las más diversas posiciones ortodoxas.

Pero el que quiere aprender a filosofar a partir de cierta honestidad, deberá reconocer que no es justo entregarse a un grupo de pensadores marginando deliberadamente a otros. Si el quehacer filosófico es un contributo de toda la humanidad pensante, no podemos establecer limitaciones de ninguna especie. Y dado que por muchas razones es la filosofía un saber universal, será preciso que lo aprendamos desde un principio, porque si debemos continuar la tarea filosófica de los antepasados, es de natural exigencia que la continuemos a partir de sus inicios. Sin esta condición nadie podrá hacer su propia filosofía.

Ahora bien, empezar desde un principio, en nuestro caso, significa conocer y examinar cuáles y cómo fueron las huellas iniciales del pensar, que otros prosiguieron y que también nosotros tenemos que proseguir. Bajo este aspecto, no nos interesan tanto las teorías en sí como el espíritu que las hizo formular. Si un profesor se contenta con explicar que Tales afirmaba que todo venía del agua, no podrá evitar que los alumnos se queden con la impresión de estar escuchando una insensatez. El alumno, entonces, en lugar de aprender de Tales a filosofar, más bien se convencerá todavía más de que no vale la pena tomarse en serio la filosofía. Pero si el profesor, por el contrario, sabe encarecer el esfuerzo racional de Tales contra el encasillamiento órfico-mitológico, es posible que el alumno aprenda también a independizar sus ideas dentro de una cultura estereotipada.

Un enfoque así acertado y actualizado de las teorías filosóficas nos hace pensar sobre la forma en que han sido tratadas las sutilezas de los filósofos, que vienen a constituir como la caricatura de la filosofía. El hombre común suele entender que la filosofía es como un arte que consiste en barajar sutilezas. Ciertamente, no podemos negar que esos desperdicios del pensamiento ocupan un buen porcentaje de la producción filosófica. Todos sabemos cuánta literatura vana se ha producido en torno a los problemas del ser y del conocimiento.

En buen criterio, debería desecharse la casi totalidad de semejantes disquisiciones. Sin embargo, suele ocurrir que la atención prestada a los filósofos va dirigida con preferencia a esa suerte de nimiedades. Las cuestiones fundamentales se pasan de largo, mientras la atención de los expositores se centra en un cúmulo de minuciosidades que son una evasión de la verdadera realidad cogitable. ¿Quién se atreverá hoy a juzgar como de capital importancia las viejas cuestiones sobre la univocidad o analogía del ser, sobre la

identidad o diferencia entre ser y esencia y otras sutilezas por el estilo? Estas rencillas no nacieron de los grandes momentos creativos del pensamiento, sino que se desprendieron en esporádicos ratos de ocio y de cansancio.

A pesar de ser esto tan cierto, nos debería maravillar la frecuencia con que actualmente se emplea la mayor parte del tiempo académico tratando de profundizar en semejantes recuestas. Cabría preguntarnos el porqué de esa extraña preferencia por los temas sutiles, mientras sistemáticamente se prescinde de penetrar en el **espíritu** de los contenidos históricos.

Ante todo, respondería a esto no culpando a nadie, pero sí señalando que todavía queda una gran mayoría de profesores que están enseñando recostados en la inercia de una larga escolaridad hereditaria, en que el estudio de la filosofía se estableció sobre la base de los manuales.

Todavía hoy podemos encontrar profesores que señalan a sus alumnos un libro que suelen llamar —no sé por qué— **de texto**. Pienso que sería mucho más productivo señalar como texto una colección de trozos-fuentes correspondientes a la época filosófica que se estudia. Pero ¿por qué no se hace así? Porque la ley del mínimo esfuerzo o la falta de tiempo para buscar el pensamiento en las fuentes obliga muchas veces a usar el que se encuentra sintetizado y elaborado en los manuales.

Estos, por otra parte, se van sucediendo disimuladamente calcados unos sobre otros con muy escasos elementos de renovación. Los primeros manuales se compusieron en épocas de cierto barroquismo, por lo que el acento se cargaba con preferencia sobre las cuestiones sutiles, que se consideraban entonces las más representativas de la filosofía. Sucesivos manuales han ido apareciendo con diversas características pedagógicas, pero siempre de espaldas a las fuentes o a lo sumo disimulando esta condición con unas pocas referencias de segunda mano.

Por otro lado, no deja de ser bastante cómica la preocupación pedagógica que últimamente se ha apoderado de esta clase de manuales. Los más recientes ejemplares, compuestos según normas provenientes de los ministerios de educación, nos acaban de sumergir el panorama hasta el fondo de lo más deplorable. Manuales pueden verse impresos a varios colores, llenos de gráficas ingenuas y con las definiciones recuadradas a color. Por descontado que estos libros van dirigidos a estudiantes adultos, ante quienes el facilitar demasiado el aprendizaje de cualquier ciencia resulta más bien anti-pedagógico.

¿Qué podemos pensar ante semejante forma de introducir a la filosofía a tantas promociones de jóvenes pletóricos de inquietudes fundamentales, y en los precisos momentos en que se están

abriendo a la perspectiva crítica? No cabe consolarnos pensando que podrán mejorar sus conocimientos en la Universidad, porque allí se les van a explicar los mismos temas, con el fin —se dice— de reforzar (!) los conocimientos del bachillerato.

No niego que, al menos los estudiantes de la carrera de filosofía, lograrán conocimientos mucho mejores en extensión y profundidad. Pero si queremos reconocer la verdad, veremos que tampoco en las facultades filosóficas se ha conseguido sacudir la rutina escolar que tanto aprendimos en los manuales. Y esta especie de rutina, que en otros estudios quizás se puede dar sin tantos perjuicios, es mortal de necesidad cuando se impone en el estudio de los contenidos históricos. El estudiante que aprende rutinariamente la Anatomía no estará por ello impedido de llegar a ser un buen cirujano. Pero el que hace lo mismo con el pensamiento filosófico, terminará su carrera de filosofía tan completamente *in albis* como la empezó.

Por lo que hace a las lecciones de filosofía que se imparten a estudiantes de otras carreras, formando parte de la cultura general prescrita en los años comunes, me pregunto si no sería más lógico colocarlas en el último año de la carrera, cuando el estudiante, debido a su mejor estructuración, se hallaría en condiciones de apreciar la importancia de esta asignatura. Pero si este cambio resulta imposible, entonces yo pediría, por simple cuestión de honor, que las historias de la filosofía se borrarán definitivamente del ciclo básico. Y esto por muchas razones: la principal, porque esas lecciones, tal como ahora se imparten, son sobradamente sustituibles por una Historia de la Cultura. No es ni siquiera de fundamental ética que una universidad siga imponiendo una cátedra con el solo fin de redondear un horario. Además del perjuicio que se ocasiona a los alumnos, se cuenta ahí la dignidad de los profesores, que serían mucho mejor aprovechados en una facultad de filosofía, desde donde podrían reclamar mejor la oportunidad de rehabilitar su profesión, dignificando al mismo tiempo el estudio de la filosofía. Reunidos estos profesores en su facultad, en lugar de andar dispersos por las otras y sobrecargados de horario, se hallarían en un ambiente adecuado y propicio para pensar en la instauración de un nuevo quehacer filosófico que vaya poco a poco borrando la imagen del que tenemos actualmente.

4.—La etapa creadora

Investigar el espíritu —y no la letra— de los contenidos históricos de la filosofía es la gran tarea por la que debemos comenzar. Pero detenernos ahí sería tanto como haber prometido mucho y no hacer nada por la restauración de nuestra ciencia.

Estudiando el pasado, aprendemos a filosofar. Pero las condiciones que nos imponen una filosofía no se detienen nunca. El pasado filosófico se produjo de cara al porvenir, y esta es la condición

que se impone a los pensadores del presente. De ellos se espera también el contributo al desarrollo de la filosofía.

Tras haber enfocado los contenidos históricos bajo perspectivas de actualidad, el filósofo de hoy, el de nuestras universidades, deberá resolverse a salir al ruedo de su realidad actual y circundante. Ahí empieza de verdad la tarea rehabilitadora de la filosofía, la cual lograremos no sólo estudiándola, sino también y sobre todo **haciéndola**. Como bien lo ha dicho el Prof. Muñoz-Alonso, "El problema de la filosofía, hoy, son los problemas de la realidad humana. El hombre como problema de la realidad en que está inserto. Cualquiera otra pretensión, extraña a la realidad humana o a la condición humana, no sería hoy filosofía, sino arqueología conceptual paleolítica". (Crisis, Rev. española de Filosofía, n. 72 (1971, p. 324).

Sin duda alguna, la solución que haría levantar a los filósofos de su **media vida** sería la decisión de crear un pensamiento propio. Pero la tarea de crear una filosofía, a poco que observemos, tiene todas las apariencias de lo utópico e irrealizable. Por esto tal propósito puede asustar y descorazonar a primera vista. Efectivamente, tenemos la impresión de que la filosofía creativa está reservada a unos pocos, a quienes el destino ha señalado como maestros de futuras generaciones. Estamos acostumbrados a constatar que los grandes sistemas del pensamiento sólo van surgiendo a siglos de distancia.

Sin embargo, lo que el mundo pide a los filósofos no es precisamente que inventen teorías nuevas, sino que sepan actuar ideológicamente en el marco de su realidad actual. Si de esa actuación surgiera un sistema, tanto mejor. Pero nunca será el montaje de un sistema lo que convertirá nuestra teoría filosófica en algo notable. Para que nuestro quehacer filosófico tenga algún sentido y se haga respetar, tenemos que buscar objetivos precisos en el mundo en que vivimos. Con alguna frecuencia los alumnos nos preguntan por qué no les impartimos una filosofía que refleje la situación suramericana. No sobra decir que este reclamo ya suena, en ciertos ambientes, como un viejo y fatigado cantar, el que de costumbre escuchamos cortésmente, aunque con toda la intención de mandarlo al olvido. Lo que nos hace desatender la petición de estos universitarios no es el que la consideremos absurda y descabellada, sino el temor a los cambios demasiado profundos que esa práctica nos impondría. La verdad es que a las generaciones maduras nos domina el miedo a los efectos imprevistos de la audacia.

Pero ¿qué ocurriría si en un momento dado decidiésemos acceder a ese deseo del estudiantado? Nunca nos hemos reunido para tratar de hacer, en equipo, un planteamiento filosófico sobre la problemática de nuestro tiempo. Pero yo invito a que intentemos imaginar cómo cambiaría ante el mundo intelectual la figura de la filosofía si resolviéramos adentrarnos por ese inexplorado camino.

He hablado de reunirnos en equipo, porque es natural que una iniciativa como ésta no pueda ser cumplida por un solo hombre.

Se trata de una obra en gran manera multiforme, que requiere la aplicación de diversas energías. Ese extraño equipo de filósofos, posiblemente se vería obligado a interrumpir por temporadas su vida sedentaria y a salir a la calle o al campo, a la manera de los sociólogos y de los sicólogos sociales. Al fin de cuentas, estos profesionales ejercen una rama disciplinaria que fue arrancada del árbol de la filosofía, mientras los filósofos dormían bajo su sombra la plácida siesta de la metafísica.

Difícilmente podemos imaginar lo que sería una facultad de filosofía creando su propia labor científica; repartiendo su trabajo entre el área de los contenidos históricos y la de las aplicaciones a la realidad circundante. La primera sorpresa consoladora que hallaríamos sería la de una universidad que se levanta con su propio pensamiento, con su característica visión del mundo y del hombre.

Porque lo que en realidad se transformaría no sería la facultad en sí, sino la universidad entera, que ya no sentiría la pesadumbre de sostener una facultad que sólo le proporciona conflictos internos y balances deficitarios. Por el contrario, se sentiría altamente representada por su departamento de pensadores. El prestigio que de ahí le vendría no estaría basado en ese conocimiento que se tributa desde fuera bajo el predominio de los *idola theatri*, sino que recibiría la reverencia y el honor que anidarian en ella misma.

Que nadie entienda, por favor, esta idealización mía como un fracasado deseo de triunfo. De ningún modo es así: mis frustraciones, si las tengo, no provienen de este campo. Lo que quiero hacer resaltar es la secular y decisiva importancia que las facultades de filosofía han tenido en las universidades. Las que se han señalado como más sobresalientes en el mundo intelectual lo han debido a la irradiación de su ideología mucho más que a las manos habilidosas que de ellas salieron. Y aunque es cierto que las universidades actuales no se definen por su filosofía, también lo es que la misión que dejó vacante la filosofía no ha sido asumida por ninguna otra ciencia. Por esto no creo soñar en lo imposible sugiriendo la idea que acabo de anotar.

No es infrecuente, por otra parte, que el alumnado se queje de que nuestras facultades no tienen ninguna orientación filosófica determinada. El significado de esta acusación, tal como la he oído formular, parece partir de la supuesta necesidad de adoptar alguna ideología entre las que están actualmente en circulación, lo que a mi entender equivaldría a ponernos las máscaras de otros personajes. Con todo, el mérito de estos alumnos consiste en apuntar mucho más lejos de sus intenciones. La acusación que nos hacen de no tener una ideología, es cierta. Pero la solución no consiste, como creo que ellos pretenden, en apropiarnos de un pensamiento católico, marxista o existencialista, porque esto sería **revestir** una ideología más bien que tenerla.

Una ideología debe nacer del ejercicio del pensamiento sobre los fenómenos cotidianos de nuestro vivir. Saber establecer diag-

nósticos morales en la vida de nuestro siglo; tener un pronunciamiento oportuno e imparcial sobre los acontecimientos más notables del momento; establecer las causas últimas, pero no las del ser o las del conocer, sino las que se refieren a nuestra conducta y a nuestros conflictos de convivencia. La facultad de filosofía que trabajara en esta dirección ya tendría su ideología propia; ni sentiría la necesidad de salir a pedirla prestada, ni sus alumnos y directivas la acusarían de carencia de objetivos y orientaciones.

Las dificultades que se oponen a esta nueva y posible orientación no es necesario siquiera insinuarlas. Por el momento, una facultad de filosofía entendida como centro de crítica y de investigación, más parece tener carácter de sueño que de proyecto. A un ideal como éste se opone la actual organización de toda la universidad, la constitución de las mismas facultades de filosofía, las condiciones de trabajo de los profesores y la heterogeneidad del alumnado.

Todas estas dificultades son muy graves, pero me resisto a creer que sean realmente insuperables. Bastaría que los consejos administrativos tuvieran la voluntad de llevar esta innovación a la práctica. Proyectos mucho más complejos y erogatorios que éste se llevan a cabo en las universidades. En buena parte, es de esperar que el deseo de reforma que está en el ánimo de todos contribuya a que en un futuro próximo se realice alguna parte de los ideales expuestos aquí, o quizás otros mejores. Pero por el momento seríamos muy ciegos si persistiéramos en afirmar la absoluta imposibilidad de una reestructuración semejante a la que aquí proponemos, que no requiere ninguna organización de gran envergadura y que no tiene más problema de fondo que el estar enfrentada a un viejo y rutinario concepto sobre los objetivos y las funciones de las facultades de filosofía.

A los temores expresados hasta ahora podría añadirse uno nuevo, que ya los lectores estarán meditando desde hace unos momentos. ¿Podría una facultad organizada en esta forma mantenerse neutral en medio de las tendencias politizantes? En otras palabras: ¿No se convertiría la facultad en un foco de oposiciones políticas que acabarían comprometiendo el trabajo científico de los filósofos? ¿No causarían escándalo y rechazo en muchos ambientes públicos los pronunciamientos de la facultad sobre las realidades sociales de nuestro tiempo?

Para enfrentarnos con serenidad a este conjunto de incógnitas, que también parecen insuperables, hay que partir de una base que debe ser aceptada con la máxima naturalidad: la labor de una filosofía tal como aquí la concebimos no se puede fundar en la obscuridad ni en el conformismo. Por consiguiente, una de sus primeras tareas consistiría en crear paulatinamente sobre la opinión universitaria un clima de serena aceptación frente a la crítica de los hechos humanos, realizada desde un rango verdaderamente académico. Este anuncio, por otra parte, no sería ninguna novedad, porque ya en todas partes la crítica es aceptada como una realidad normal.

Teniendo en cuenta esta advertencia, los análisis que la filosofía hiciera desde la perspectiva académica no deberían distinguirse por sus colores violentos, sino mantenerse impolutamente en el nivel de los principios. Una crítica hecha con estas características no puede fácilmente ser rechazada por ninguna porción de las autoridades públicas o universitarias. Muchos escolásticos propugnaron la teoría de la soberanía popular en un tiempo en que los reyes afirmaban que su autoridad venía directamente de Dios. Mientras los conquistadores explotaban y ultrajaban a los indios de América amparándose taimadamente en el celo por la gloria de Dios, Francisco de Vitoria, desde su cátedra de Salamanca, propugnaba la igualdad de todos los hombres, inclusive los paganos e infieles, ante la ley civil. Pero esas críticas eran formuladas en lenguaje reposado y desde la región de los principios.

Muchas son las formas en que la verdad puede ser presentada. Cuando la prudencia nos aconseja prescindir de la crítica agresiva, siempre existen otros tonos en que envolverla, sin que pierda ni vigor ni autoridad.

Pero si ocurriera que, una vez instaurada nuestra nueva facultad, y a pesar de haber ejercido en ella nuestra distinta labor dentro de la más estricta ponderación, fuésemos rechazados y condenados por las autoridades administrativas, tampoco ahí tendríamos mayores motivos de lamentación que los que tenemos ahora en nuestras actuales condiciones de inferioridad.

Nuestra agonía académica ya comenzó hace mucho tiempo: ahora, seguimos caminando lenta, pero implacablemente, hacia la muerte total.

Muerte por muerte, es preferible no morir de inanición.